José Tolosa Hernández

Granos de Arena

VERSOS

MURCIA

Tipografía de EL LIBERAL

:, CRÉDITO PÚBLICO, 1

C388.048

DMU
3985

BIBLIOTECA REGIONAL
1487795

tit. 35982

A mi dulce amigo

D. José María Reina

Jerez

Recuerdo de

Botas

GRANOS DE ARENA

(VERSOS)

ES PROPIEDAD

José Tolosa Hernández

Granos de Arena

(VERSOS)

MURCIA

Tipografía de EL LIBERAL

1, CRÉDITO PÚBLICO, 1

1902

Mis Amores

I

Tú eres mi amor, mujer, en quien reunidas
todas las gracias que soñé contemplo,
pues tienes la belleza de la estátua
y el candor de las vírgenes del cielo.

Tu voz me suena á música divina,
blando perfume para mí es tu aliento,
y en las oscuras niñas de tus ojos
claros fulgores de la gloria veo.

A tu lado vivir es mi alegría,
tu dicha realizar es lo que anhelo,
constituyendo mi mayor ventura
que tú me quieras como yo te quiero.

Dios sabe que es verdad lo que te digo,
que mi ilusión en tí cifrada tengo,

¡y que á la misma gloria renunciara
si no se abrieran para tí los cielos!

Dios lo sabe, mujer, y tú lo sabes;
mi corazón es tuyo, ¡tuyo entero!;
¿y cómo no, mi bien, si en tí reunidas
todas las gracias que soñé contemplo?

II

Tú eres mi amor, ¡oh madre idolatrada!,
á quien del alma en el altar venero,
y á quien debo la fé que me sostiene
en el mar borrascoso en que navego.

Tu santa imágen, como el alba pura,
dentro del corazón grabada llevo,
y lo mismo en mis dichas que en mis penas
de contínuo ante mí flotar la veo.

Aun me miro en tus ojos y en la frente
siento las dulces áuras de tus besos,
como en aquellas horas bendecidas
en que dormía en tu regazo tierno.

Aun para mí son todos tus afanes
y aun tus labios me dán santos consejos,
¡y por labrar mi dicha entregarías
de gozo llena el corazón entero!

Nada igualarse á tu cariño puede,
que es tu cariño como el mar inmenso.
¡Columna de mi hogar, yo te bendigo!
¡Que te bendigan como yo los cielos!

III

Tú eres mi amor también, pátria adorada,
en cuyo alegre y apacible seno
se encierra de mis dichas el tesoro
y late y vive lo que yo más quiero.

No hay flores para mí como tus flores,
ni cielo tan azul como tu cielo,
ni pájaros que canten cual los tuyos
ni como el tuyo valle tan risueño.

Todo es luz y alegría en tu recinto,
todo es en tí majestüoso, espléndido,
y aunque tú no lo seas, me pareces
el pedazo mejor del mundo entero.

Los lazos que á tu suelo me encadenan
tan sugestivos son, que hasta me creo
que ni lejos de tí vivir se puede,
ni que Dios se halla fuera de tus templos.

Pasar la vida en tu regazo ansío
y cuando muera, ¡oh pátria amada!, anhelo,
pues recogiste mi primer sonrisa,
¡que recojas también mi último aliento!

IV

¡Santos amores que en el pecho guardo!
Con vosotros feliz me considero,
pues sois mi mayor gloria en mi alegría
y en mis tristezas el mejor consuelo.

En tanto que en mi espíritu alenteis
ni tempestades ni reveses temo,
que aunque el mundo me falte, ¿qué me importa
si en vosotros se encierra el universo?

Agosto, 1900.

RIVALIDAD

Para conseguir el triunfo
de gobernar mi existencia,
mi corazón lucha horrible
sostiene con mi cabeza.

Formidables enemigos,
ninguno en su empeño ceja,
rehuyendo cuanto á los dos
poner de acuerdo pudiera.

Cuando la duda me acosa
y dice la una:—¡blasfema!,—
el otro con sus latidos
me grita angustiado:—¡reza!—

Si ella me exige venganza
cuando recibo una ofensa,
él, anhelante de paz,
que perdone me aconseja.

Ella todo lo analiza
y en todo sombras encuentra;
él nada juzga y en todo
la mano de Dios contempla.

Así los dos enemigos
viven en lucha perpétua,
siendo yo de lucha tal
quien sufre las consecuencias.

Mas si ha de vencer alguno
al cabo de tanta guerra,
¡que triunfe mi corazón
por más que en mi daño sea!

Carta de una muerta

Revolviendo papeles de un amigo,
cuyo nombre no digo,
pues nada el interés aumentarìa,
una carta encontré que así decía:

«Cuando llegue á tus manos esta carta,
que escribo al borde del sepulcro abierto,
de angustias llena y de pesares harta,
por ventura, ¡ay de mí!, habré ya muerto.
Sólo siento al morir no poder verte
junto á mi lecho, como siempre amante,
que si verte pudiera en este instante
supremo de la muerte,
mi terrible agonía
de terrible en feliz se cambiaría.
¡Tu noble corazón, aunque zaherido
por mi traición aún, no dejaría
de otorgarme el perdón que ahora le pido!

«Como tienes mi labio por perjuro,
no te creerás lo que por tí he sufrido
y estoy sufriendo aún; mas yo te juro
por la parte de gloria que á mi alma
pueda corresponder, que no he tenido
ni un momento de calma,
desde aquella hora triste
en que, al partir por siempre de mi lado
como un desesperado,
mi amor y mi inconstancia maldijiste.
Yo te juro, ¡ay de mi!, que desde el día,
cuyo fatal recuerdo me dá frío
y amarga mi agonía,
en que rotos quedaron nuestros lazos,
más que tú he lamentado mi desvío,
y aquí en mi corazón, hecho pedazos,
tu pesar he sentido más que el mío!

«De tu pena cruel y de mi pena
yo la culpable fuí; ¡yo que, insensata,
de tu alma amante y de esperanzas llena
la dicha segué en flor, en ella haciendo
brotar el desengaño, que no mata,
¡pero tenaz y rudo nos condena
al gran martirio de vivir muriendo!

«Ciegamente arrastrada
por el brillo del mundo, de tu lado
corrí, más que culpable, atolondrada,
sin tí creyendo hallar el bien soñado;
¡y hoy bajo el peso del dolor, que fiero
el corazón me oprime, considero

que en la vida no hay nada
como la dicha tierna y regalada
del amor verdadero!

«Es ya tarde, es verdad; mas yo te pido,
si es cierto que has tenido
amor á esta mujer, que arrepentida
tu nombre invoca al concluir su vida,
que no quieras vengar tus ilusiones
por mí rotas en hora maldecida,
y dando mis locuras al olvido
tengas de mí piedad y me perdones!

«Borra el recuerdo que tu mal encona;
piensa en que Dios perdona al que perdona
y en que el perdón imploro cuando muero;
vuelve hacia mí tu corazón amante,
que yo en la eternidad, desde este instante,
llena de amor te espero!»

. . . . . .

Tal la carta decía.
Mi amigo perdonó... ¿Quién no lo haría?

Canto al trabajo

¡Lejos de mí el cañón, que cuando estalla
con estampido horrísono resuena,
y el proyectil que bárbaro fulmina
todo lo abate en su fatal carrera!

¡Lejos de mí la espada, cuya hoja
con reflejos fatídicos llamea,
y al blandirla el guerrero furibundo
es hoz terrible que las vidas siega!

No de Marte los triunfos y las armas
cantar mi musa arrebatada intenta;
es más noble su fin; quiere al trabajo
alzar un himno de entusiasmo llena.

Canta al trabajo, manantial sublime
de bienes, de virtudes, de riquezas;
lo que al hombre redime de su culpa,
lo que lo ensalza más sobre la tierra.

El trabajo es la fuente de la vida
y á su ley todo el orbe se sujeta,
pues todo, desde el astro hasta el insecto,
es labor en la gran Naturaleza

En el panal es miel, fruto en la planta,
oro en la mina, en el molusco perla,
fecunda idea en el cerebro humano
y torrente de luz en las estrellas.

Todo al trabajo se lo debe el hombre,
por él del mundo sobre el haz impera,
y abrazado con él la dicha alcanza
que divorciado de él jamás encuentra.

Por él el grano que en el surco arroja
luego es sabroso pan que lo sustenta,
el gusano es tegido que lo cubre
y el vellón lecho blando en que se acuesta.

Por él del mar con los furores lucha,
allana abismos, desmorona sierras,
construye hogares y fabrica templos,
los bosques tala y los desiertos puebla.

El da fuerzas al brazo que al martillo
contra los yunques sin cesar golpea,
y anima los volantes de las máquinas
convertido en vapor en las calderas.

El enciende la lumbre de los hornos
donde el hierro se funde como cera,
y por el aire extiende los alambres
que sirven de corceles á la idea.

El arrastra el arado que abre el surco
en que el gérmen fructífero fermenta;
cincela el mármol y el diamante pule,
el tronco labra y el metal moldea.

El prepara el color que sobre el lienzo
rasgos brillantes de hermosura deja,
y él multiplica el libro en que grabado
eternamente el pensamiento queda.

¡Gloria al trabajo, manantial sublime
de bienes, de virtudes, de riquezas!
¡Gloria al trabajo, á cuyo santo influjo
la paz domina sobre la ancha tierra!

Acatemos sus leyes redentoras,
que su yugo es un yugo que no pesa.
¡El hombre que trabaja se ennoblece!
¡Pueblo trabajador se regenera!

La patria chica

Es el risueño hogar en que á la vida
los ojos se abren por la vez primera;
la madre cariñosa y placentera
que con desvelo sin igual nos cuida.

Es la fosa callada y bendecida
que nuestro polvo recoger espera,
y el templo santo cuya cruz severa
nos habla de la gloria prometida.

¡Oh patria amada, venturoso nido,
donde está de mis dichas el tesoro,
donde se encierra lo que más venero!

Siempre vivir en tí mi afán ha sido,
y en prueba de la fè con que te adoro
¡morir también en tu regazo quiero!

Eclipse de Sol

Envidiosa la luna de sus luces,
del sol pretende oscurecer el disco,
y por el aire extiende
de las nieblas el manto ennegrecido.

Desde su trono el sol mira ensancharse
el círculo siniestro de las sombras,
y sobre ellas la hirviente catarata
de sus llamas arroja.

Es terrible la lucha... Representa
la del bien y del mal ruda batalla.
¿Quién será el vencedor? El sol aún brilla
y audaz la sombra sin cesar avanza.

La noche aumenta por el ancho espacio
y la luz se retira.
No es extraño; en el mundo muchas veces
la fé también ante el error vacila.

No morirá el coloso, cuyos rayos
nuestro espíritu alegran.
¡Antes hecha pedazos, al abismo
descenderá la tierra!

¿Pero qué lobreguez tan espantosa
el firmamento invade?
¡El universo trastornó sus leyes!
¡Venció la sombra!... ¡El sol es un cadáver!

Atónitos los fúlgidos luceros
la catástrofe miran,
esperando también que las tinieblas
el brillo apaguen de sus luces tímidas.

Suspenso el mundo, el corazón pasmado,
triste y sombría la celeste bóveda...
¿Quién duda que del juicio postrimero
se aproxima la hora?

Mas súbito torrente de fulgores,
las sombras arrollando, se desata.
¡Es el coloso que con nuevo brío
después de su caída se levanta!

Huye la luna con veloz carrera
y esparce el sol su lumbre por el cielo,
¡que un momento no más duran las sombras
que arrojan sobre el grande los pequeños!

Mayo, 1900.

Los Juguetes

EN UN BAZAR

Mirando los juguetes caprichosos
que alegran el bazar,
me acuerdo de los años bendecidos
de mi primera edad.

Entonces los juguetes me encantaban,
eran todo mi afán,
y jugando con ellos no sentía
las horas resbalar.

Todo era entonces risas y ventura,
todo era dulce paz;
¡mis sueños arrullaban la inocencia
y la felicidad!

. . . . . .

Los años han pasado como pasa
relámpago fugaz,

y los juguetes que mi encanto fueron
hoy tristeza me dán.

Sí, que al verlos tan bellos y atractivos
recuerdo con pesar,
que el placer y la gloria son cual ellos:
¡ilusión de un momento nada más!

A CARTAGENA

Cartagena es la perla
más codiciada
que arrulla con sus olas
la mar salada;
brotó de sus espumas
de encantos llena,
lo mismo que la hermosa
Venus helena,
y entre las ondas vive
del ponto bravo,
que la besa y la mima
como un esclavo,
siendo orgullo de España
porque fulgente
relumbra entre las joyas
que ornan su frente.
Perla que nos envidia
la gente extraña,

que en su seno tesoros
de vida entraña;
rica perla que ricas
luces destella,
¡ay si España contara
muchas cual ella!

*
* *

Cartagena, que es cuna
de la hidalguía,
goza en el mundo entero
de nombradía.
Cuantos la ven la ensalzan
por sus encantos,
cuyo esplendor coronan
sus Cuatro Santos;
por sus fuertes murallas
y torreones,
por su arsenal, sus barcos
y sus cañones,
por la industria que vida
dá á sus talleres,
por la gracia y belleza
de sus mujeres,
¡y por ser el más puro
de sus amores
la Virgen Sacrosanta
de los Dolores!
Caridad y trabajo
por lema ostenta,
y fiel á su divisa

vive contenta,
mirando por momentos
tras de sus montes
más y más ensancharse
sus horizontes;
que el progreso la impulsa
y á él sometida
trabaja sin descanso
con alma y vida,
consistiendo su estado
próspero en eso:
¡en caminar en triunfo
con el progreso!

* * *

Cartagena, á quien tanto
mima la fama,
bién merece el aplauso
con que la aclama.
Es Cartagena grande
con la grandeza
del que funda los timbres
de su nobleza,
no en viejos pergaminos
apolillados,
sinó en hechos gloriosos
y levantados;
por eso aunque descuella
por su valía,
descollar ambiciona
más todavía.

Noble afán; porque el pueblo
que no ambiciona,
de laureles su frente
jamás corona;
nunca el bién con que sueña
logrado mira,
¡que no se gana el cielo
si á él no se aspira!

* * *

Cartagena famosa,
bendita tierra,
más rica por tu esfuerzo
que por tu sierra;
quien como tú el trabajo
con la fé hermana,
cuenta seguro el triunfo
para el mañana.
Mal harás si tu paso
veloz detienes,
cuando el fín que persigues
tan cerca tienes.
Tú serás, trabajando
de noche y día,
de todos envidiada
por tu valía.
No temas que tus vuelos
corte el fracaso.
¡Cartagena, adelante!
¡Dios te abre paso!

AMOROSAS

I

El amor es en la vida
lo que más sufrir nos hace,
pues no hay historia de amor
escrita sin llanto ó sangre.

II

En la tierra y en el cielo
todo vive en lucha eterna;
lucha la luz con la sombra,
con el misterio la ciencia,
la religión con la duda,
el alma con la materia,
la ilusión con el engaño
y la razón con la fuerza.
Todo es lucha, vida mía,
todo es lucha en la existencia;

¿cómo, pues, he de extrañar
que, sin darse de ello cuenta,
á mi corazón tus ojos
le hagan tan contínua guerra?

III

Corazón, á tus puertas
el amor llama;
viene lleno de dichas
y de esperanzas.
¡Abrele! Que aunque pronto
su bien se acaba,
con cerrarle la puerta
¿qué es lo que ganas?
A sus ruegos el sordo
jamás te hagas,
¡que no es vida la vida
de quien no ama!

IV

No hay en el año otro mes
más poético que Mayo,
con su cielo y con sus brisas,
con sus flores y sus pájaros.
Desde el insecto á la planta
todo se anima á su paso,
y es el aire todo aromas
y es todo luces el astro.
Mayo es el mes más hermoso;
pero Mayo con ser Mayo
no ha tenido ni tendrá,

á pesar de sus encantos,
ni estrellas como tus ojos,
ni flores como tus labios.

V

Más que una flor sin aroma,
más que un pájaro sin alas
es triste el alma que no
siente del amor la llama;
pues siendo el amor la vida,
sin el amor ¿qué es el alma?

VI

Su amor es la dicha
que anhelo ferviente;
si no la consigo
¡malhaya mi suerte!
Su amor es la suma
de todos mis bienes;
su amor es mi gloria...
¡que no me condene!

VII

No sé que tiene el amor
que nunca nos dá contento:
¡con él las penas nos matan!
¡sin él se vive muriendo!

A LA FORTUNA

Radiante como un astro que fulgura
del limpio cielo en la región serena,
brillar te he visto de esplendores llena
en mis sueños de amor y de ventura.

Tu arrobadora y plácida hermosura
al más tranquilo espíritu enajena,
y á tu influjo disípase la pena
como ante el día la tiniebla oscura.

El poder de tu magia es sobrehumano
y lo mismo el monarca que el mendigo
la protección imploran de tu mano.

Yo también á tu sombra busco abrigo
y corro en pos de tí, mas siempre en vano:
¡estás más lejos cuanto más te sigo!

Á LA INSPIRADA POETISA

Doña Eladia Bautista y Patier

EN LA MUERTE DE SU HIJA CARMEN

I

¿Lloras, poetisa? Tus ojos
vierten lágrimas de sangre,
que delatan de tu espíritu
las penas que lo combaten.
Nunca lágrimas tan tristes
en la vida derramaste,
ni al recordar tus dolores,
ni al modular tus cantares.
Hondo pesar te acongoja,
que se pinta en tu semblante
y que te obliga á que al suelo
la frente abrumada bajes.
Bien al verte se adivina
que son tus penas muy grandes
¿Qué pensamiento te agobia?
¿Qué desengaño te abate?

II

Lo sé... La luz de tus ojos,
aquel adorado ángel
que encerraba más poesía
que el lucero de la tarde;
aquella rosa temprana,
cuyas galas virginales
eran el mayor encanto
de tu corazón de madre;
aquel sér, en quien mirabas
tu existencia dilatarse,
desapareció lo mismo
que arista que el viento barre!
Ya no volverán tus ojos
en los suyos á mirarse,
ni rizarás amorosa
sus cabellos ondulantes,
ni imprimirás en su rostro
tus ósculos maternales,
¡que la muerte no devuelve
jamás la presa que hace!

III

Llora, sí; tu hija era;
vierte lágrimas á mares...
¡Para sus hijos del alma
son los llantos de las madres!
Llora sin término, llora,
que las lágrimas que salen
son un bálsamo bendito
para aliviar los pesares.

Ellas calmarán los tuyos
y después de serenarte
comprenderás... lo que ahora
te harán comprender en balde.
La vida en este destierro
cuesta más de lo que vale,
y morir como tu hija
es una dicha muy grande.
El mundo es prisión oscura,
centro de penas y males;
¿y cómo estar en el mundo
quien nació para ser ángel?

JUNTO Á LA LUMBRE

¡Qué noche más horrible! El horizonte
cubren las nieblas con su oscuro velo;
todo es nieve en el valle y en el monte,
todo es tristeza y sombras en el cielo.

Silba el viento al mover las ramas yertas,
con son de tempestad murmura el río
y caen las flores y las aves muertas
bajo el azote bárbaro del frío.

Nunca el invierno el rígido semblante
mostróle al mundo con rigor tan fiero.
¡Ay, Dios proteja al pobre caminante
y tenga compasión del marinero!

Sin fuerza el árbol, el nidal vacío,
negro el cielo, la tierra entumecida...
¿Qué fuera de los dos, dulce bien mío,
sin estas llamas que nos dán la vida?

Bendigamos sus tibios resplandores,
y, en tan dichosa y placentera calma,
bendigamos también nuestros amores,
ese otro fuego del volcán del alma.

Que este suave calor de que gozamos
mientras que solo nieve en torno vemos,
aún más que por que al fuego nos hallamos
es por que con el alma nos queremos.

Por eso en tanto que el estrago crece
del invierno en el monte y la pradera,
de santo amor henchidos, nos parece
que vivimos en plena primavera.

¡ÉRA DIOS!

À MI BUEN AMIGO D. EMILIO SÁNCHEZ GARCÌA

I

Por la calle fatal de la Amargura
Jesús camina con la cruz á cuestas,
rendido el hombro por tan grave peso
y herida el alma por tan torpe afrenta.

Va á expíar en la cumbre del Calvario
el crimen por que el pueblo le condena;
¡el crimen de querer que dominaran
la libertad y el bien sobre la tierra!

Su cabellera enmarañada flota
sobre su espalda, que el sayón golpea,
y en sus divinos ojos la indecible
angustia de los cielos se refleja.

A veces á sus músculos cansados
vigor les falta y dèbiles flaquean,
¡cayendo desplomado como un tronco
el cuerpo de Jesús contra las piedras!

Así entre horrible y sin igual tormento
hasta la cumbre del Calvario llega,
¡donde pendiente de la cruz infame
la muerte innoble del ladrón le espera!

II

En el Calvario está. Sobre el madero
que en el hombro subió, fieros lo extienden;
manos y piés le rompen con los clavos
y su cabeza al coronar zahieren.

La cruz con él en alto la levantan
y, aunque lo vé ya próximo á la muerte,
la turba que se goza en su agonía
con insultos brutales lo escarnece.

Para burlarse como á rey lo aclaman,
hiel á beber le dan cuando sed tiene,
con una lanza su costado abren
y blasfemando sin piedad le ofenden.

En trance tal y entre amargura tanta
Jesús los labios celestiales mueve;
habla Cristo, es su voz; mas no de ira,
¡palabras de perdón son las que vierte!

Solo Dios en suplicio tan horrendo
pudo á tan gran dolor sobreponerse;
porque, ¿quién sinó Dios á su enemigo,
por el que espira, su perdón concede?

El Canto del Poeta

I

Yo soy el mismo siempre; el soñador eterno
que mora en la insondable región del ideal;
el bardo en cuyo canto, ya varonil, ya tierno,
perpétuamente flota su espíritu inmortal.

Yo soy el mismo siempre; el trovador errante
que cruza por la tierra, de su laud al son,
corriendo tras la gloria con ánsia delirante,
llevando de ilusiones repleto el corazón.

Cantar es mi destino, y acátolo obediente;
cantar es mi destino, y canto sin cesar.
¡Quien dió trinos al ave y al mar voz prepotente
sabrá por qué yo al mundo nací para cantar!

Yo canto cuanto el orbe de grande y bueno encierra,
la aurora y la esperanza, la noche y el dolor,
la majestad del cielo, las galas de la tierra,
los triunfos del progreso, las glorias del amor!

Mis versos son el molde sonoro en que vacío
los ayes de la pena, los goces del placer;
¡inquietas mariposas á las que yo confío
afanes del mañana, tristezas del ayer!

El universo entero palpita en mis cantares
y en ellos van mezclados, igual que en la creación,
anhelos y venturas, amores y pesares,
suspiros de alegría y gritos de pasión.

Mi gloria estriba en eso, y amante de la gloria
por nada trocaría su halago virginal;
¡que no hay nada en la vida mezquina y transitoria
como alcanzar el láuro que al nombre hace inmortal!

II

Yo soy el poeta; yo soy ese mago
que sabe la historia del viento y la flor,
que roba sus dulces murmullos al lago
y al ave le copia sus cantos de amor.

Yo soy ese espíritu errante que vaga
del valle al desierto, del mundo al edén,
que al mártir consuela, que al mísero halaga
y á todos inspira la senda del bién.

Yo voy por la vida sin rumbo cantando,
¡sin rumbo!, cual ruedan las olas del mar,
mi oscuro camino de flores sembrando,
¡pedazos del alma dejando al pasar!

Yo soy el que puebla la mente de sueños
que al mundo convierten en áureo vergel;
quien brinda á los ojos paisajes risueños
que son de la dicha la copia mas fiel.

Yo soy quien las ánsias del alma interpreta
mostrándolas vivas con forma y color;
quien canta y pregona la fé del profeta,
la gloria del sabio, del héroe el valor.

Yo soy el poeta; quien lleva en su frente
los gérmenes puros de un mundo ideal;
quien ciñe coronas de luz esplendente
con rayos más vivos que un cetro real.

A veces mis sueños enturbia la duda
y abate mis fuerzas el fiero dolor;
mas pronto renace la fé que me escuda
y emprendo mi senda con nuevo vigor.

Luchando sin tregua mi vida se acorta;
mis triunfos amarga la envidia letal.
Mis dichas son breves; mas eso ¿qué importa?
¡Detrás de mí queda mi fama inmortal!

III

Yo soy el mismo siempre; el soñador eterno,
el bardo en cuyo canto, ya varonil, ya tierno,
trasmítense de una á otra generación,
de razas extinguidas las huellas que dejaron,
las luchas que el planeta con sangre fecundaron,
los héroes y los mártires que el láuro consiguieron,
los templos que se alzaron, los tronos que se hundieron,
la mágica leyenda, la vieja tradición.

Yo soy el mismo siempre; el trovador errante
que sigue de la gloria la estela fulgurante,
buscándola afanoso con loco frenesí.
Me ciega y me embriaga su llama bendecida;

mas sábelo en secreto, ¡oh virgen de mi vida!
La gloria que persigo con tan tenaz empeño,
la gloria por que lucho, la gloria con que sueño,
la quiero por tí sola... ¡y es toda para tí!

La Primera Piedra

Dirán de mí lo que peor me cuadre
los que tengan empeño
en probar á sus anchas y en mi ausencia
que valgo menos que ellos.

A mis muchos defectos naturales
añadirán defectos,
y así me dejarán cuando terminen
igual que un trapo viejo.

Dirán que la ambición mis pasos guía
y que soy un soberbio
que nada digno de mi aplauso juzgo
y que á nadie respeto.

Dirán—¡cuánta mentira!—que me causa
tristeza el bien ajeno,
que soy muy raro y que disfruto sólo
los males de otro viendo.

Dirán también que soy un mal amigo
y que tengo mal genio,
y hasta dirán que vendo la vergüenza
si me vale dinero.

No dirán la verdad; mas el castigo
que me impongan acepto.
Venga al instante la primera piedra;
¡yo tranquilo la espero!

El Progreso

Enemigo mortal de la rutina
y haciendo siempre á la ignorancia guerra,
desde que apareció sobre la tierra
de triunfo en triunfo sin cesar camina.

Donde posa su planta el bien germina
y ante el poder que su virtud encierra
se cámbia en llano la escarpada sierra
y el abismo más hondo se ilumina.

Para él no hay obstáculo ni raya;
su lema es ¡adelante! y ni un segundo
en su contínuo elaborar desmaya.

Nunca en su marcha sufrirá un retraso,
que aunque quisiera detenerlo el mundo
¡no hay fuerza humana que le cierre el paso!

AZAHAR

I

Las copas de los naranjos
llenas de flores están,
¡flores de nieve que hizo
la primavera brotar!

El aire que las columpia
besos amantes les dá,
y ellas en pago lo impregnan
con su aroma virginal.

Cuidad que tan bellas flores
nadie profane jamás,
¡que es el símbolo bendito
de la pureza el azahar!

II

Hermosa virgen, que al templo
tu misión á cumplir vas,

no tiembles, que Dios bendice
tu amor en su mismo altar.

Preciadas joyas realce
á tu belleza le dán,
pero el blanco azahar que ostentas
es lo que te adorna más.

Y aunque después en tu pecho
no puedas lucirlo ya,
¡procura que tu alma sea
digna siempre del azahar!

En la Montaña

¡Qué momento!... El rojo sol,
ya de fulgores escaso,
se dirige hácia el ocaso,
que incendia con su arrebol.

De áureos celajes se puebla
toda la región azul;
flotante como aéreo tul
se alza del río la niebla.

Perfuma el aire el incienso
que la tierna flor exhala;
las aves, batiendo el ala,
cruzan el espacio inmenso.

De la campana el tañido
á orar á todos convoca,
y el grave son, por la roca
es cien veces repetido.

De la montaña en la cumbre
yo admiro con dulce anhelo,
las maravillas del cielo
que me sirve de techumbre.

Aquí, lejos de la tierra
que bajo mis plantas miro,
el aire libre respiro
que aromas del valle encierra.

Aquí escucho de las aves
los cantos halagadores,
que se cuentan sus amores
con sus notas más suaves.

Viendo el panorama inmenso
que ante mis ojos se extiende,
la fé mi espíritu enciende
y á ratos medito y pienso.

Mi alma aquí se recrea
contemplando el bosque umbrío,
y allá á lo lejos el río
y allá más lejos la aldea.

Luego aun más lejos se pierde
y, envuelto en sombra y misterio,
mira aislado el cementerio
en medio del campo verde.

Y entre la niebla y la luz,
como esperanza bendita,
vé cerca de él una ermita
coronada por la cruz.

Aquí, en la más alta peña

de la montaña gigante,
mi corazón palpitante
con dulces venturas sueña.

Aquí mi paz á turbar
no viene el rastrero dolo;
aquí á las aves tan sólo
tengo envidia por volar.

Aquí me brindan consuelo
con sus aromas las flores,
el aire con sus rumores,
con sus grandezas el cielo.

Y aquí de mi bien en pos
veo con placer profundo,
¡que me hallo lejos del mundo!
¡que estoy más cerca de Dios!

PARA TÍ SOLA

Á MI MUJER EL DÍA ANTES DE SERLO

Ya se acerca la hora venturosa;
nuestra unión no es un sueño.
Mañana, ante el altar, el sacerdote
bendecirá el amor que nos tenemos.

Solo hacerte feliz es lo que ansío;
solo hacerme dichoso es tu deseo.
¡Quiera Dios, que nos une,
que se realice nuestro santo anhelo!

Desde mañana nuestras almas juntas
no tendrán más que un solo pensamiento,
las dos disfrutarán la misma dicha
y las dos sufrirán el mismo duelo.

De la existencia por la oscura senda
siempre unidos los dos caminaremos,
siendo el uno del otro
el sostén, el amparo y el consuelo.

Ya se acerca la hora, vida mía;
con fulgores risueños
miro brillar el porvenir... ¡Que nunca
se ennegrezcan sus mágicos destellos!

La dicha que hoy inunda nuestras almas
soñar nos hace con un bien eterno.
¡Haga el cielo que siempre
nos queramos como ahora nos queremos!

El sacerdote en el altar espera;
nuestra unión no es un sueño.
El corazón me entregas... ¡Palpitando
de amor también mi corazón te entrego!

19 Enero, 1900.

Agua Viva

Señor, cuando sediento y fatigado
te hallabas junto al pozo de Jacob,
á la pobre mujer que fué por agua,
agua tu dulce boca le pidió.

—Dame, mujer, que beba, le dijiste,
que, á cambio de la que ahora tú me dés,
yo te ofrezco otra agua que mitiga
mejor que esta la sed.

Agua viva, que todo el que la prueba
nunca de otra beber quiere jamás,
porque produce en él como una fuente
que dura hasta la misma eternidad.—

. . . . . .

Señor, yo tengo sed; deja que beba
de ese fecundo manantial sin fin,
¡que ese agua es la virtud que de Tí nace
y siempre pura permanece en Tí!

La Verdad

Á MI QUERIDO AMIGO EL INSIGNE POETA D. RICARDO GIL

La verdad como el día resplandece
y abismos y conciencias ilumina;
á su influjo el error desaparece,
la ciencia triunfa y la virtud germina.

Sin necias galas, sin brillante pompa,
los embates resiste de la fuerza,
sin que el oro rastrero la corrompa,
ni escollo encuentre que su marcha tuerza.

Para ella no hay palacio ni cabaña,
lo mismo le habla al infeliz que al fuerte,
y así como convierte un cetro en caña
en altares también chozas convierte.

Ella es la luz que á la razón sustenta,
el fuego que á las almas diviniza,
la aurora que á los mártires alienta
y el rayo que al soberbio pulveriza.

Es un sol sin oriente y sin ocaso,
cuyo esplendor nuestro cerebro inflama,
sin que haya nube que le cierre el paso,
ni amengüe el tiempo su potente llama.

No se le iguala á su poder ninguno,
flota doquier magnífica y escueta,
y es dardo en la palabra del tribuno
y sentencia en el libro del profeta.

Queriéndola vencer, torpes tiranos
han puesto toda su maldad en juego,
mas siempre contra ella fueron vanos
la sangre, el oro, la prisión y el fuego.

Ella los gritos de la duda acalla,
bríndale al bueno calma placentera
y en la conciencia del malvado estalla
como tormenta horrísona en la esfera.

Combate la impiedad, delata el crímen
y siempre está, porque en su mal la imploran,
en los labios de todos los que gimen
y en los ojos de todos los que lloran.

En confesarla hay pocos que se gocen
y escasos son los que por ella mueren,
que aunque en el mundo todos la conocen
sólo contados conocerla quieren.

La verdad es la luz y la alegría,
pero el hombre, ¡qué loco!, le hace guerra,
¡y hallar aún en su demencia ansía
la justicia y la paz sobre la tierra!...

FABULILLA

A una rosa muy lozana,
gala del pensil florido,
un cerdo la echó del tallo
á tierra con el hocico.
Un ruiseñor que observó
la torpe acción del gorrino,
desde el árbol en que estaba
protestó con fuertes trinos;
mas un borrico, que cerca
se hallaba también del sitio
en que el cerdo cometió
atropello tan inícuo,
celebró la ruin hazaña
con sin igual regocijo,
¡que siempre borricos hay
que aplaudan todo lo indigno!

—

Para mi satisfacción

y tranquilidad de espíritu,
¡no quiera Dios que jamás
me aplauda ningún borrico!

BONANZA

Á MI QUERIDO AMIGO MIGUEL FERNÁNDEZ

Este es el puerto... Luna serena
brilla en la altura plácidamente;
duermen las olas sobre la arena;
puro es el cielo, tibio el ambiente.

El marinero gratos cantares
al viento lanza,
en los que envueltos con sus pesares
van sus amores y su esperanza.

Este es el puerto... Ni leve huella
dejó la nave que me ha traído;
¡la nave aquella
en la que á solas yo con mi estrella
tantas borrascas me han combatido!

Olas rugientes me han azotado
del oceano por el desierto.
¡Cuánto he sufrido!... Mas ya he llegado

al que soñaba tranquilo puerto.

De las borrascas al recio embate
¡cuánta esperanza se me ha perdido!
Mas ahora veo tras el combate
¡que otras más bellas han renacido!

Tras las tormentas paz venturosa
doquier esparce bendita calma;
luz misteriosa
un nuevo día le anuncia al alma,
¡que como Lázaro deja la fosa!

¡Qué hermoso el puerto!...¡qué azul la esfera!..
En tierra y cielo, ¡qué claridades!
Los aquilones rugen afuera...
¡Que aquí no lleguen las tempestades!

La Cruz

Era símbolo de infamia
y signo de muerte era,
mas Cristo la ennobleció
perdiendo la vida en ella.

Desde entonces es la cruz
lo más alto de la tierra,
porque no hay nada en el mundo
que esté del cielo más cerca.

Con los brazos siempre abiertos
en todas partes se ostenta,
como ansiosa de abrazar
á la humanidad entera.

La cruz corona las torres
y las humildes viviendas
y hasta las oscuras fosas
de las que nadie se acuerda.

Demostrando lo que puede
y lo que vale, la llevan
la espada en la empuñadura
y el monarca en la diadema.

Es para el alma que sufre
apoyo que la sustenta,
claridad que la ilumina
y esperanza que la alegra.

La virtud que de ella emana
quiero que me fortalezca,
para soportar mi cruz
que tanto en mis hombros pesa.

Y á ella fiel siempre, deseo
morir abrazado á ella
¡y que en mi tumba la pongan
cuando me cubra la tierra!

¡Pobre Patria!

¿Y eres España tú? ¿La que señora
del mundo proclamándote altanera,
paseastes en triunfo tu bandera
por cuanto el sol con sus reflejos dora?

Si eres tú aquella España vencedora
que no encontraba á su ambición barrera,
quien en tus días de esplendor te viera
¿cómo podría conocerte ahora?

Pero perdona si con torpe labio
la majestad de tu dolor agravio;
no es mi intención el renovar tu herida.

¡Es demostrarte que tu ayer admiro
y que tu mal lamento cuando miro
que, pudiendo vivir, no tienes vida!

El día de los muertos

¡Silencio! Las campanas
con su clamor doliente
recuerdan la miseria
del mundo terrenal,
y á su quejido fúnebre
despiértanse en el pecho
las ánsias infinitas
de otro mundo inmortal.

¡Silencio! El alma humana
ensimismada y triste,
se hunde en los abismos
de la meditación,
y al recorrer su historia
de lágrimas y penas,
mezclada con sus ayes
exhala una oración.

Como al vital aliento
del venturoso Mayo
vuelven las mustias flores
del prado á renacer,
al soplo de los lúgubres
recuerdos de la vida
vuelve la antigua pena
el pecho á entristecer.

Quien no advierta hoy sus ojos
bañados por las lágrimas,
ni mire hecha girones
su alma de sufrir,
será por tener seca
la fuente de su llanto,
ó por faltarle entrañas
para poder sentir.

Venid conmigo al lóbrego
lugar donde la muerte
los restos de la vida
depositando va;
donde dormidos yacen
en eternal reposo
los que del mundo huyeron
para no volver ya.

La niebla á trechos rota,
mecida por el viento,
se eleva lentamente
cual vaporoso tul;
negras y espesas nubes
por el espacio cruzan

la claridad manchando
del firmamento azul.

El aire entre las ramas
del sáuce melancólico,
ya lánguido suspira,
ya ruge con furor,
y en las sombrías tumbas
repite tristemente
los ayes y los rezos
del terrenal dolor.

El corazón de frío
se hiela y se estremece,
parálisis extraña
detiene nuestro pié,
y el alma de rodillas
ante su Dios se postra
bañada por los rayos
de la divina Fé.

¿Quién al hollar tu suelo
—¡oh triste camposanto!—
no siente sus ocultos
pesares aumentar,
ni siente desde el fondo
del alma dolorida
subir hasta los párpados
de lágrimas un mar?

¿Quién ¡ay! en tu recinto
no tiene, bajo tierra,
guardados los despojos
de algún querido sér,

ni siente al recordarlo
su corazón herido
latir violento, próximo
sus fibras á romper?

¡Oh santo cementerio,
recinto bendecido,
donde á cumplir su triste
misión los hombres van;
jamás podré sin pena
pasar yo tus umbrales,
que raices de mi vida
entre tu polvo están!

Dentro de tí, ¡qué frío
lo encuentra el alma todo!
¡Cuánta tristeza tienen
los cielos y la luz!
¡Ay! Si la fé faltara,
¿quién nos alentaría
para llevar á cuestas
nuestra pesada cruz?

Si después que en la vida
jamás alcanzar puede
los bienes que anhelante
persigue siempre en pos,
¿qué le quedara al hombre
si en su alma no escondiera
la creencia de otro mundo,
la fé que tiene en Dios?

Si en medio de las luchas
que amargan nuestras horas,

un rayo de esperanza
no viéramos lucir;
si un más allá infinito
no vislumbrara el alma,
¿valdría el mundo acaso
la pena de vivir?...

Mas ya otra vez girando
la funeral campana,
—¡orad por los que han muerto!—
repite con su son;
los lábios se entreabren
y hasta los cielos sube
como una mariposa
volando la oración.

¡Señor! ¡Oh, Tú, que sabes
las penas y las dudas
que agitan la existencia
del mundo sobre el haz,
á todos los que yacen
bajo la tierra fría,
en negro olvido envueltos,
concédeles la paz!

Matrimonio Artístico

I

María Guerrero

El Arte se vistió de gala un día,
y el día aquel, de resplandores llena,
apareció sobre la pátria escena
la incomparable, la genial María.

Sus encantos prestóle la poesía,
sus candores de virgen la azucena,
sus acentos más íntimos la pena
y sus risas más francas la alegría.

Como á una diosa el público la acata
y su nombre, de gloria coronado,
del uno al otro polo se dilata.

Cuenta los grandes triunfos por millares
¡y más pueblos su génio ha conquistado
que Colón descubrió tras de los mares!

II

Fernando Díaz de Mendoza

Le otorgó sus favores la fortuna
y rancios pergaminos la nobleza,
pero él del Arte la inmortal grandeza
prefirió á la grandeza de su cuna.

Luchando con tesón, ante ninguna
contrariedad rindióse su firmeza,
y hoy ciñen cien coronas su cabeza
en buena lid ganadas una á una.

El Arte sus esfuerzos ha premiado
porque á él por entero se ha entregado,
de entusiasmo y afán el alma llena.

Decisión que, en verdad, á nadie extraña,
porque si es mucho ser Grande de España
¡es mucho más ser Grande de la escena!

Mi Muñeca

Tengo yo una muñeca
de carne y hueso,
de esas que no se venden
en los comercios,
de esas que de la gloria
bajan al suelo
y de dos corazones
son el compendio.

Dios con ella, al formarla,
se mostró espléndido,
pues la dió piel de raso,
de oro el cabello,
y unos ojos muy grandes
color de cielo;
¡los ángeles soñados
no son más bellos!

Es de mi hogar la dicha
y el embeleso,
y la tengo un cariño
tan verdadero,
que cuando mano á mano
con ella juego,
por cada gracia suya
la doy mil besos.

Cuando se pone triste,
no sé qué siento
que hasta el aire parece
falta á mi pecho;
mas cuando alegre ríe
me considero
el hombre más dichoso
del universo.

Nadie como ella borra
mis hondos duelos;
es el sol que ilumina
mis pensamientos;
es mi vida, es mi alma,
mi bién, mi cielo...
¿Cómo no he de quererla
como la quiero?

Agostô, 1901.

PLEGARIA

PUESTA EN MÚSICA POR EL MAESTRO D. FERNANDO VERDÚ

Cuando funesta pasión
me pretenda acometer,
queriendo su nido hacer
dentro de mi corazón;
cuando la duda sombría
mis esperanzas marchite
y mi fe se debilite,
¡no me dejes, Madre mía!

Cuando en los revueltos mares
de la insegura existencia,
se nuble mi inteligencia
y me abrumen los pesares,
si desmaya mi energía
ante el furor de las olas,
con ellas luchando á solas
¡no me dejes, Madre mía!

Cuando lleno de dolor
la muerte sienta llegar
y sólo vea flotar
tinieblas en derredor,
en medio de mi agonía,
como bendecido faro,
protégeme, sé mi amparo
¡no me dejes, Madre mía!

¡GLORIA!

I

Todos dicen lo mismo de la gloria;
filósofos, poetas y guerreros
afirman que no es más que un poco de humo,
¡únicamente un sueño!

Lo dicen, y por ella, sin embargo,
todos pelean con ferviente anhelo,
¡porque los sueños tienen para el hombre
un atractivo inmenso!

Yo también he luchado á mi manera
por poderla alcanzar... ¡Qué devaneo!
Las águilas al sol no llegan nunca
¡y yo ni aun alas tengo!

Yo también he luchado por la gloria,
cegado por la luz de sus reflejos,
¡mas ni siquiera descubrí la senda
que conduce á su templo!

Cansado de luchar, ya no la sigo;
la miro indiferente desde lejos,
¡como se mira la ilusión perdida
cuando en el alma el entusiasmo ha muerto!

II

¿Y á qué anhelar por ella? ¿No hay acaso
más gloria que esa gloria, que es un sueño,
por la que luchan denodadamente
filósofos, poetas y guerreros?

Hay otra gloria, sí, que no es la santa
y eterna de los cielos,
pero que la recuerda, cual recuerdan
al astro-rey los fúlgidos luceros.

Es una gloria silenciosa, henchida
de tierno amor, de bienestar sin cuento,
y aunque fugaz, cual todas las del mundo,
ocupa entre ellas el lugar primero.

Quien goza de sus plácidos favores
duerme en paz en su lecho,
y el sudor que derrama en el trabajo
se convierte en rocío de contento.

¿No adivinais cuál es? Esa es la gloria
bendita del hogar, cuyos destellos
si no deslumbran cual la luz de un astro,
¡es porque el alma los retiene dentro!

III

¿A què gloria mejor puede aspirarse
en este triste suelo?

Comparada con ella, ¿qué supone
el brillante laurel que alcanza el génio?

En el límpido ambiente de esa gloria
del aplauso no escúchase el estrépito,
¡pero se oye el concierto deleitoso
de francas risas y de castos besos!

Encantos que realzan esa gloria
con hechizos perpétuos,
son la mujer que amamos y la cuna
¡que es el oriente de los seres nuevos!

En vano el hombre buscará en el mundo
nada que ofrezca á su anhelante pecho,
mayor ventura en sus tranquilas horas
ni en su amargo pesar mejor consuelo.

En el revuelto mar de la existencia
es esa gloria bendecido puerto.
No es el cielo, es verdad; pero ¡qué poco
le falta para serlo!

IV

¡Señor! Tú me conoces y Tú sabes
que ni laureles ni grandezas quiero;
pero la gloria de mi hogar humilde
¡déjamela gozar por mucho tiempo!

ÍNDICE

ÍNDICE

	PÁGINAS
Mis amores.	5
Rivalidad	9
Carta de una muerta.	11
Canto al trabajo	15
La patria chica.	19
Eclipse de sol.	21
Los juguetes.	23
A Cartagena	25
Amorosas	29
A la fortuna	33
A la inspirada poetisa D.ª Eladia Bautista y Patier, en la muerte de su hija Carmen. .	35
Junto á la lumbre.	39
¡Era Dios!	41
El canto del poeta.	43
La primera piedra.	47

PÁGIMAS

El progreso. 49
Azahar 51
En la montaña. 53
Para tí sola. 57
Agua viva 59
La verdad 61
Fabulilla. 63
Bonanza. 65
La cruz 67
¡Pobre patria!. 69
El día de los muertos. 71
Matrimonio artístico. 77
Mi muñeca. 79
Plegaria. 81
¡Gloria! 83

DEL MISMO AUTOR

Mis primeros versos, con un prólogo de D. Pascual Martínez Palao.

Mas versos, con un prólogo de Mariano Perní García.

Nuevos versos.

Versos, con un prólogo de José Frutos Baeza.

¿Qué seré yo? Monólogo en verso.

PRECIO: UNA PESETA